

El ascensor subió a Hassel hasta la plataforma de despegue.

Situado en medio de sus hombres, compañeros de batallas, camaradas todos, se situaba Sión, la más grande y gloriosa nave que las naciones de la Tierra hayan construido. Hassel sabía que debía ser audaz en su hazaña si quería librar a la Tierra de la invasión alienígena. Tras numerosos fracasos, será la última oportunidad de los hombres.

Hassel miró el cielo azul, cerró los ojos un instante y volvió su mirada hacia sus compañeros, no dijo nada, pero transmitió más que las mejores palabras esperanzadoras que un líder puede brindar a sus hombres.

Entraron en la nave decididos. Ni el encender de los motores consiguió silenciar los gritos de ánimos que sus amigos desde la plataforma les brindaban.

La nave se elevó y salió del planeta. Desde la cabina, Hassel vio por fin la nave insignia de la flota de invasión y puso rumbo hacia ella.

Sión no tardó en ser detectada y pronto un pequeño grupo de naves exploradoras salió de la mole alienígena en la dirección de nuestra nave. El potente fuego de Sión pudo deshacerse de ellas antes de que se cruzaran permitiendo que se acercara más a la nave alienígena.

Hassel no tardó en ordenar que todos los cañones apuntaran a su objetivo e hicieran fuego a discreción. Los proyectiles ocasionaron pequeñas explosiones en la superficie de la nave alienígena.

Un pequeño cañón empezó a surgir del centro de la nave alienígena, que seguía sin defenderse de los ataques que Sión hacía mientras daba vueltas a su alrededor.

Un punto muy brillante se formó en el extremo del cañón alienígena, que se orientaba en la dirección de Sión y lo proyectó sobre él.

Hassel cerró los ojos. La Tierra estaba condenada.